

que no pueden oradar con los aboyados plicidad con el elemento destructor que, su
cinces de la denigración contra nuestro deber, su conciencia, su humanidad, les or-
partido y los falsos ofrecimientos en pro dena sofocar.

del de ellos.

El Editor.

EL PERIODISMO Y SUS PROFA- NADORES.

La prensa es el gran termómetro de la civilización de los pueblos y cada periódico es del círculo cuyos intereses sirve. Son sus columnas el lente de más fuerza para penetrar en los pliegues de la conciencia de aquellos por quienes se escriben.

Un periódico está siempre llamado á ser una gran palanca, sea en la ilustración y cultura de la sociedad, sea para el desprestigio de la causa por la que aboga y del país en general.

Un periódico, adalid de la prensa honrada y digna, es siempre verídico, siempre en cuyas columnas sólo se escribe con la pulcro y comedido, siempre justo en sus apreciaciones.

Un periodista que de este sendero se aparta, no cumple su misión, puede ni debe ser periodista. Cuando la prensa se desborda á impulsos de las pasiones, de los odios de partido, de la miserable adulación que atrae los billetes de banco, sólo producen pasquines; infame libelos que sólo son buenos para dar un señalamiento hasta que grado puede bajar en los hombres el termómetro de la decencia y la dignidad. Otra, muy distinta es la misión del periodismo, y otra muy diferente, la conducta que debe ser rigurosamente observada por los que á tal profesión se dedican.

¿Qué se diría de una compañía de bomberos, obligados á extinguir un incendio, si dirigían contra las llamas torrentes de petróleo?

Esos bomberos no podían llamarse siquiera ignorantes, pero si traidores y desleales. No solamente no cumplen su obligación, sino que también muestran com-

Y bien ¿qué es el periodismo en general sino el centinela avanzado del progreso, la compañía de bomberos fuertemente obligada á atacar el voráz incendio que, venga de donde viniere, amenace destruir las libertades, el orden, el derecho?

Si criminales y dignos del grillete nos parecen los bomberos que fomentan, en vez de extirpar la hoguera que va á causar la ruina, doblemente criminales, doblemente merecedores de la carlanca, deberían parecernos los periodistas que en vez de abogar por la justicia y la razón, prostituyen su conciencia, deshonoran la misión que se han arrogado, convirtiéndose por un puñado de billetes ó por el deseo de saciar ambiciones bastardas, en el elemento del mal, en agentes perniciosos que al igual de la venenosa *Cascabel*, sólo debieran morar en los concavos de las selvas.

Y en efecto, infinitamente menos dañina es la ponzoña de todos los reptiles juntos, que los males que causan los periodistas, en cuyas columnas sólo se escribe con la más inmunda bala.

El periodista prostituido, olvidado de sus deberes, de su conciencia, del respeto que debe al público; aquel que complacido presta y aun ofrece las columnas de su periódico para propalar la calumnia, para honorable adulación que atrae los billetes de banco, sólo producen pasquines; infame libelos que sólo son buenos para dar un señalamiento hasta que grado puede bajar en los hombres el termómetro de la decencia y la dignidad. Otra, muy distinta es la misión del periodismo, y otra muy diferente, la conducta que debe ser rigurosamente observada por los que á tal profesión se dedican.

También los periódicos dedicados á sostener, como dijimos al principio, el termómetro en que el público todo, mira los grados de dignidad, de fuerza, de patriotismo y de las virtudes cívicas de ese mismo partido, y con verdadero pesar, tendremos

que convenir que, en algunos, el mercurio comienza á helarse. ¿Qué juicio formarán las personas dignas y sensatas del país y del extranjero, al ver como un periódico